

KIMBERLY McCREIGHT

RECONSTRUYENDO A  
AMELIA

Traducción del inglés

Daniel Sarasola

 NOCTURNA  
EDICIONES

Título original: *Reconstructing Amelia*

© de la obra: Kimberly McCreight, 2013

Publicado por acuerdo con la autora a través de Marly Rusoff Literary Agency,  
Bronxville, New York, USA

© de la traducción: Daniel Sarasola, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com  
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: junio de 2017

Primera corrección externa: Francisco Herrero  
Segunda corrección externa: Juana Salabert

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FH  
ISBN: 978-84-16858-00-2  
Depósito Legal: M-11237-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



*Pretendamos de nuevo que la vida es una sustancia sólida, en forma de globo, a la que damos vueltas en nuestros dedos. Pretendamos que podemos elaborar una historia sencilla y lógica...*

VIRGINIA WOOLF,  
*Las olas*



# gRaCeFULLY

5 DE SEPTIEMBRE

---

**Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en [urbandictionary.com](http://urbandictionary.com).**

**No seas otra cifra.**

---

*¡Hola, zorras!*

*Ah, el comienzo de otro año escolar. Y ya estoy de vuelta con toda la mierda que no es apta para publicar...*

*Mientras vosotros habéis estado desperdiciando el verano en Southampton o en Nantucket o en el sur de Francia, perfeccionando vuestra manera de jugar al tenis o vuestro pas de deux, entrenando para vuestra primera maratón o deleitándoos con vuestro último campeonato de ajedrez, yo lo he pasado tras la pista de nuestro querido cuerpo docente, de acá para allá. El señor Zaritsky fue a Berkeley para dar clase en el campus de Ciencias a cerebritos chiflados. Corre el rumor de que los padres no pararon hasta expulsarle la segunda semana porque «olía». La señorita Pearl se echó un amante latino y aprendió a bailar a lo loco en Miami. Bromas aparte, obviamente no se echó un querido. ¿Quién querría acostarse con ella?*

*Oh, nuestro dulce y delicioso señor Woodhouse. ¿Quién no desearía encontrárselo en bañador en algún sitio? Por desgracia, se desconoce su paradero durante estos tórridos meses, aunque sé de buena tinta que ha pasado al menos un largo puente arrimándose a Liv, nuestra querida profe de Lengua, a lo que sólo puedo decir: ¡bravo!*

*Por lo que se refiere a todos vosotros, os hago un resumen estival según me vayáis poniendo al día en [gracefullyblog@gmail.com](mailto:gracefullyblog@gmail.com). Porque aquí estamos, otro año más en el que cualquier perdedor tiene la oportunidad de ser guay y las chicas gordas, de quedarse escuálidas.*

*Y las mismas preguntas de siempre. ¿Confesará la pequeña y preciosa Dylan a quién se está tirando? ¿Admitirán alguna vez Heather y Rachel que follan juntas? ¿Permanecerá Zadie fuera de la cárcel lo suficiente como para graduarse? ¿Con qué chica de último año se acostará primero Carter, nuestro residente buenorro de segundo? ¿Y quién es ese tal Ian Greene? ¿Es tan espectacular como sugieren las fotos de su Meet Book? Mi bola de la suerte particular revela un futuro incierto. Pero seréis los primeros en saberlo.*

*Entretanto, mantened relucientes esos zapatos nuevos y que brillen esas sonrisas. Y abrochaos el cinturón. Porque va a ser un viaje de escándalo...*



# AMELIA

14 DE SEPTIEMBRE, 07:37

**Amelia**

cuándo lo supiste?

**Ben**

saber el q?

**Amelia**

que te gustan los tíos

**Ben**

no sé. supongo q desde siempre

**Amelia**

venga ya

**Ben**

es cierto, en serio

**Amelia**

y se lo contaste sin más a todo el mundo

**Ben**

algo así. a quién le importa lo q piense la gente

**Amelia**

no me imagino siendo tan confiada. ni tan valiente

**Ben**

puede q t sorprendas a ti misma

**Amelia**

nah

**Ben**

eres más fuerte de lo q crees

**Amelia**

grax. q haría yo sin ti para animarme?

**Ben**

morir? me gusta pensar q algunas vidas dependen de mí

**Amelia**

jaja. cuándo nos conoceremos de verdad?

**Ben**

esto no es de verdad?

**Amelia**

ya sabes a q me refiero

**Ben**

puede q vaya a NY en unas semanas, mi padre tiene un viaje de negocios

**Amelia**

y podremos vernos?

**Ben**

claro

**Amelia**

OMG! en serio? me muero de ganas!!!



# KATE

*24 de octubre*

Kate sabía que Victor no estaba contento antes de despegar la vista de sus notas y comprobar cómo la ira se iba instalando en su cara en una densa nube. La estancia estaba en silencio; todos —cinco abogados de Slone & Thayer y diez de Associated Mutual Bank— esperaban a que dijera algo. Pero él se recostó en su sillón de la sala de conferencias con las manos entrelazadas meticulosamente sobre su regazo. A pesar del evidente enfado, estaba guapo y circunspecto, con su pelo entrecano y su traje escrupulosamente cortado a medida.

En medio de aquel inquietante silencio, a Kate le sonó el estómago. Se aclaró la garganta y cambió de postura en la silla, albergando la esperanza de que nadie lo hubiera oído. Aquella mañana había estado demasiado nerviosa como para comer nada. Tenía esa reunión, pero también tocaba discutir con Amelia; ya estaba mentalizada. La discusión nunca llegó a producirse. Al contrario, su hija había ido al colegio con una sonrisa y un gesto jovial, dejando a su madre con un exceso inusual de adrenalina y a punto de llegar tarde al trabajo.

Echó un ansioso vistazo al despliegue interminable de panecillos y fruta y dulces que había en el carrito. Pero cuando lideras una reunión con un cliente y sustituyes a Jeremy Firth, el querido experto en litigios de Slone & Thayer, no puedes levantarte y abalanzarte sobre un refrigerio en mitad del asunto.

—¿Se da usted cuenta —empezó, señalándola— de que acceder a esa citación invalidaría cualquier protesta posterior?

—Entiendo su frustración, Victor —dijo Kate con calma—, pero la Comisión de la Bolsa de Valores está en su derecho de...

—¿En su derecho? —espetó—. Indemnizar en exceso es más que eso.

Ella aguantó su mirada fija, que había mutado casi en un relámpago. Vacilar ahora, incluso en el menor detalle, podría ser fatal. Seguro que Víctor pediría ver a Jeremy. Por mucho que fuera socia, todavía era junior. Tenía que ser capaz de gestionar eso sola.

—¿Y el mérito? ¿Acaso no...?

Antes de que Victor pudiera finalizar, sonó el teléfono en la sala, sobresaltando a todos. Rebecca, la asociada junior, se precipitó con diligencia sobre él mientras Victor le daba la espalda.

—Quiero que nuestras objeciones formen parte del acta oficial, y también un presupuesto de todo este lío, antes de que nadie abra una sola caja de documentos. Hacedlo y recibiréis una recompensa, ¿de acuerdo?

Como si ella se estuviera embolsando las ganancias extras del bufete. De hecho, no ganaría nada, aparte del aprecio de Jeremy. Desde luego, eso tenía su trascendencia. Seguir siendo una de sus discípulas preferidas importaba. Y mucho.

—Por supuesto, Victor —dijo—; lo haremos lo mejor que...

—Perdón, Kate —susurró una voz en su oído. Cuando alzó la mirada, se topó con la cara de Rebecca, temerosa por tener que interrumpir—. Lo siento, pero tu secretaria está al teléfono. Dice que hay una llamada que tienes que atender.

Kate sintió que se sonrojaba. Atender el teléfono en mitad de una reunión con Victor Starke era mucho peor que abalanzarse sobre un panecillo. Beatrice, su secretaria, jamás la habría interrumpido, pero estaba de baja por enfermedad. Kate le había dicho a la sustituta que no la molestara a menos que se tratara de una emergencia, pero la expresión de la chica era tan distante que parecía colocada. Por desgracia, no responder tampoco era una buena opción: confiaba en que un empleado del juzgado le confirmase una orden de alejamiento que había solicitado para otro cliente.

—Disculpenme un momento, por favor —dijo, intentando evidenciar que esperaba la interrupción—. Sólo tardaré un segundo.

La sala se quedó en silencio mientras se dirigía hacia el auricular. Sentía que era el blanco de todas las miradas. Por fortuna, cuando apretó el botón intermitente de la llamada en espera, la conversación se reanudó. Los asociados de Victor reían serviles, probablemente por uno de sus chistes.

—Kate Baron al habla.

—Sí, señora Baron —respondió una mujer al otro lado de la línea—. Soy la señora Pearl, decana de los estudiantes de Grace Hall.

Una llamada que tenía que atender. ¿Cómo no había pensado en su hija ni por un segundo?

—¿Amelia está bien? —Su corazón se aceleró.

—Sí, sí. Perfectamente —dijo la señora Pearl con una pizca de fastidio—. Pero se ha producido un incidente. Ha sido expulsada tres

días con efecto inmediato. Tendrá usted que venir, firmar un acuse de recibo y llevársela a casa.

—¿Expulsada? ¿Qué quiere decir?

Amelia no se había metido en problemas en toda su vida. Sus profesores decían que era una delicia: brillante, creativa, reflexiva, centrada. Destacaba en atletismo y participaba en cualquier actividad extraescolar que hubiera bajo el sol. Trabajaba de voluntaria una vez al mes en CHIPS, el comedor benéfico local, y ayudaba con regularidad a organizar los actos del colegio. ¿Expulsada? No. Amelia, no. Pese a la barbaridad de horas que trabajaba, conocía a su hija. La conocía *de verdad*. Tenía que tratarse de un error.

—Sí, Amelia ha sido expulsada tres días —repitió la señora Pearl como si contestara a su pregunta—. Por razones obvias, sólo podemos entregársela a un padre o tutor. ¿Sería un problema para usted, señora Baron, venir a recogerla? Somos conscientes de que trabaja en Manhattan y de que su padre no está disponible. Pero, lamentablemente, la política del colegio es la política del colegio.

Kate intentó no ponerse a la defensiva. Ni siquiera estaba segura de haber percibido crítica en la voz de la decana... Pero había aguantado durante años su ración de preguntas incómodas, miradas burlonas y reproches velados. Hasta sus propios padres seguían creyendo que continuar con un embarazo no deseado cuando todavía estaba en la Facultad de Derecho respondía a alguna depravada modalidad de insania criminal. La decisión no iba con su carácter. Durante toda su vida, Kate había hecho lo correcto en el momento adecuado. En todo, menos en lo relativo a los hombres. La verdad era que su criterio con el género masculino siempre había dejado mucho que desear. Y quedarse con la niña no había sido una decisión tomada a la ligera. Aunque tampoco lo lamentó.

—Voy ahora mismo. De inmediato. Pero ¿puede al menos decirme qué...? —Hizo una pausa. La abogada que había en ella le hizo comprender de pronto que debía elegir sus palabras con cuidado. No estaba dispuesta a admitir la responsabilidad de su hija—. ¿De qué se acusa exactamente a Amelia?

—Me temo que hay ciertas cuestiones disciplinarias que no pueden tratarse por teléfono —señaló la señora Pearl—. Existen trámites, normas de confidencialidad que las regulan. Estoy segura de que lo entiende. El señor Woodhouse, nuestro director, puede proporcionarle todos los detalles cuando llegue. ¿Cuándo será?

Consultó su reloj.

—Estaré allí en veinte minutos.

—Si cree que eso es lo más rápido que puede llegar —el tono de la decana sonaba como si quisiera decir algo mucho menos complaciente—, está bien.

Veinte minutos era una exageración monumental. Victor se opuso a voz en grito cuando Kate intentó terminar pronto la reunión. Al final, no le quedó más remedio que avisar a Jeremy.

—Odio tener que hacer esto —se disculpó en el pasillo. Y de verdad que detestaba la idea de marcharse. Algo que Daniel (su competitivo compañero de Derecho, ahora socio junior y colega, divorciado hacía tiempo y sin hijos) jamás habría hecho aunque tuviera una hemorragia interna—. Pero han llamado del colegio de Amelia. Tengo que ir a buscarla.

—No hay problema. De hecho, me acabas de salvar: tenía una cita con Vera y los contratistas en el nuevo apartamento. Me entrevistaré

con Atila el Huno para hablar de muros de carga cualquier otro día —dijo él con una de sus características sonrisas. Se atusó con rapidez el cabello prematuramente plateado. Era alto y atractivo y, como de costumbre, estaba elegante con su camisa de rayas rosas—. ¿Va todo bien?

—No lo sé —reconoció ella—. Parece que Amelia se ha metido en algún lío, cosa que no tiene sentido. Ella nunca se mete en líos.

—¿Amelia? Acabo de hacer un panegírico sobre ella en esa recomendación para la escuela de verano de Princeton. Puede que no sea objetivo, pero, desde luego, no me lo trago. —Por un instante, colocó una mano amistosa en el hombro de Kate y sonrió de nuevo—. Ya sabes, colegios privados: arrojan la piedra y preguntan después. Pase lo que pase, sé que habrá una explicación razonable.

Y, sin más, Kate se sintió un poco mejor. Así era él: siempre con el comentario perfecto. Además, había sonado auténtico incluso para ella, que era demasiado sensata para creerle sin más.

—Victor no está muy contento —dijo, señalando la puerta cerrada de la sala—. Me siento como si te echara al foso de los leones.

—No te preocupes. —Jeremy hizo un gesto de indiferencia con la mano. Podía trabajar hasta el alba en el juicio de un caso perdido y enfrentarse a un adversario nervioso y a un cliente insatisfecho sin perder jamás su aire de «aquí todos somos amigos»—. Puedo apañármelas con Victor Starke. Tú preocúpate de tu hija.

Se decidió por el metro para evitar el tráfico que se formaba en el centro; aun así, se demoraba cuarenta y cinco minutos cuando el tren número 2 dio una sacudida y se detuvo de forma inexplicable justo

antes de Nevins Street. Se retrasaría cincuenta, cincuenta y cinco minutos, cuando llegara a Grace Hall... si tenía suerte. Seguro que el colegio lo interpretaría como el síntoma de una educación negligente: madre que llega tarde, niño ignorado. Era una conclusión ineludible.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que aquello de lo que acusaran a Amelia debía de ser malo. Grace Hall se enorgullecía de ser un centro liberal, sin prejuicios, estimulante para los alumnos. Fundado doscientos años antes por un grupo de intelectuales (dramaturgos, artistas y políticos), era venerado por sus excelentes profesores y un plan de estudios enfocado a las artes sin igual. Aunque a menudo se le citaba junto a la vieja vanguardia de los colegios privados de Manhattan (Dalton, Collegiate, Trinity), estaba en Brooklyn, cosa que le daba un pedigrí más bohemio. El colegio rechazaba los libros de texto y los exámenes en favor de un aprendizaje práctico. Dada la escasez de reglas oficiales, Kate no podía imaginar que se expulsara a una alumna.

De pronto, el tren silbó y renqueó unos metros más antes de volver a detenerse bruscamente. Miró su reloj. Al menos, una hora y cinco minutos tarde. Todavía quedaban cuatro paradas. «Maldición». Siempre llegaba tarde a todo. Se puso en pie y anduvo dando vueltas junto a la puerta, víctima de una duda que la carcomía.

Últimamente le daba la impresión de que Amelia estaba distraída, incluso algo temperamental. Tenía quince años y los cambios de humor formaban parte de la adolescencia, pero ahí aparentaba haber algo más. Por ejemplo, aquellas preguntas sobre su padre. Al parecer, la explicación de reserva de Kate sobre su padre —que, después de un breve encuentro, se había largado a enseñar a los

niños de Ghana y jamás había regresado— ya no le bastaba. También recordó cuando Amelia le pidió, justo la mañana anterior, que la dejara acudir a aquel absurdo curso de seis meses en el extranjero.

—¿No puedes estarte quieta y escucharme un minuto, mamá?

Su hija se había apoyado con los brazos cruzados sobre la piedra caliza de la estrecha encimera de la cocina. Con la melena rubia ondeándole sobre los hombros y aquellos increíbles ojos —uno azul, el otro color avellana— brillando en la cálida luz matutina, se le había antojado mucho mayor y más alta de lo que sólo un día antes le había parecido. Era una chica preciosa, con los pómulos pronunciados y la cara en forma de corazón de su madre. Ahora también resultaba atractiva con esos pantalones de talle un poco alto y esa camiseta ajustada y sin mangas. Por suerte, todavía seguía siendo ligeramente masculina.

—Sí, Amelia. Puedo escuchar un minuto —había dicho Kate, intentando no perder la paciencia. A juzgar por la expresión avinagrada de su hija, el viaje a las Bermudas durante el día de Acción de Gracias que le acababa de sugerir había sonado igual que si le hubiera ofrecido un fin de semana para arreglarse los dientes—. Siempre estoy dispuesta a escuchar.

—Quiero pasar el próximo semestre en París —anunció Amelia.

—¿París? —Embutió su portátil y un puñado de carpetas en su bolso; luego siguió buscando su móvil, que creía haber dejado sobre la encimera. Se atusó el cabello con una mano mientras Amelia la taladraba con la mirada. Todavía estaba húmedo, aunque hubiera jurado que se lo había secado—. ¿Un *semestre* entero? Y París está tan lejos...



Aunque estaba intentando mantener la compostura, empezaba a perder la paciencia. Era difícil no interpretar que Amelia insistía apostada en mantener la conversación a sabiendas de que ya llegaba tarde. A veces se preguntaba si su hija no ponía en práctica más estrategias de las que suponía. Había accedido a muchas cosas —salidas nocturnas hasta las tantas, dormir fuera de casa, fiestas— porque Amelia se lo pedía cuando ella estaba estresada o iba con prisa. Sin embargo, un semestre en Europa era muy distinto. No iba a ceder sólo porque fuera más fácil... Pero lo habría sido. Mucho, pero que mucho más fácil.

—¿Y acaso importa? —Amelia emitió un sonido gutural de fastidio—. Si de todos modos nunca estás aquí.

Ella no solía quejarse de que trabajara demasiadas horas. Kate siempre había asumido —*esperado*, más bien— que eso se debía a que tener una madre soltera con una carrera exigente era la única vida que su hija conocía. Pero siempre descubría que Amelia aún sentía vacíos, pese a sus frenéticos esfuerzos por colmarlos de afecto.

—Vamos, Amelia, eso no es justo. Además, pasar un semestre fuera es propio de la universidad, no del colegio.

—Será instructivo.

Kate le lanzó una mirada con la esperanza de detectar una pizca de humor en torno a sus ojos. Nada de eso. Lo decía completamente en serio.

—Ojalá pudiera librarme de la reunión y quedarme para hablar de esto —y lo había dicho con total sinceridad—, pero de veras que no puedo. ¿Podemos hablarlo esta noche cuando regrese a casa?

—¡Limítate a decir que sí, mamá! —gritó Amelia, sobresaltándola. Su hija nunca alzaba la voz y, desde luego, no *a ella*—. Es muy fácil, escucha: sí. Tal cual.

«Ya está —pensó Kate—. Es oficialmente una adolescente. A partir de ahora, ya no seremos nosotras contra el mundo, sino ella contra mí».

Lo peor de la discusión fue que Kate había terminado llegando demasiado tarde —otra vez, siempre tarde— la noche antes para hablar de aquel semestre en el extranjero. Pero estaba preparada cuando se levantó a la mañana siguiente... aquella mañana. Hasta había madrugado más, a pesar de que aquella reunión con Victor prometía ser una de las más estresantes de su carrera, para tener tiempo de hablar con Amelia sobre París. Había planeado mantenerse en sus trece, pero ofrecer a cambio un viaje juntas a dicha ciudad por Navidad. También había planeado pedir disculpas por no estar más en casa, sobre todo últimamente. Hasta ahora se las había apañado para mantener la cena con ella de los viernes y la noche de cine de los domingos. Aunque sus salidas de fin de semana habían sido mucho más escasas.

Desde que su hija era pequeña, Kate siempre había intentado asegurarse de que hicieran, al menos, un plan cultural cada fin de semana: un espectáculo de Broadway, una exposición del Metropolitan, la fiesta de los cerezos en flor en el jardín Botánico de Brooklyn o el desfile de sirenas de Coney Island. Pero el caso Associated Mutual Bank, que se reproducía como una metástasis, se lo había puesto difícil. Por no mencionar los compromisos de la propia Amelia: hockey sobre hierba, club de francés, voluntariado y amigos. Estos días también ella parecía ir siempre disparada a alguna parte.

Kate seguía de pie junto a las puertas del metro, escrutando su reflejo en la ventana alargada, cuando una voz automática irrumpió por megafonía:

—«Nos hemos detenido momentáneamente por exceso de tráfico de trenes —anunció—. Por favor, tengan paciencia».

Al final, no había mantenido ninguna conversación con ella, ni sobre su trabajo ni sobre París ni sobre nada en absoluto. Tras tanta preparación e inquietud, Amelia había bajado sin más las escaleras con aire despreocupado, rebotando de jovialidad y encanto, anunciando que ya no quería ir a París. Desde luego, aquel repentino cambio de entusiasmo ahora se le antojaba sospechoso. Todavía no podía creer que hubiera hecho algo lo bastante malo para merecer una expulsión. Pero, a juzgar por la forma errática en que se había comportado los dos últimos días, quizás hubiera hecho algo un pelín malo.

Miró de nuevo el reloj: una hora y diez minutos tarde. «Mierda». Era una madre horrible. Esos eternos juegos malabares entre el trabajo y la educación de su hija, sin ayuda de nadie, la superaban. No tenía margen de error. Existían otros trabajos legales que le habrían supuesto más flexibilidad... y también menos ingresos, aunque ambas se las habrían apañado con mucho menos. De todos modos, el dinero no era la razón por la que conservaba su trabajo: le gustaba y era buena, y eso le hacía sentirse capaz y segura. El éxito —primero académico y luego profesional— le había hecho encontrarse así: a salvo. Y aquello no era baladí, dado que no había ningún príncipe azul en el horizonte.

No es que Kate estuviera disponible para que cualquiera llegase y la rescatara. No estaba disponible y punto. Había tenido algunas citas a lo largo de los años, más que nada porque creía que debía hacerlo. Además, sus amigos insistían a menudo. Pero nunca le había ido bien en las relaciones, ni siquiera en los últimos años de colegio ni en la

universidad ni en la facultad. De hecho, su relación más saludable había sido con Seth, quien descubrió gracias a ella que era gay. Antes de él, había tenido otros novios, por lo general del tipo emocionalmente distante. Al menos, era lo bastante mayor para reconocer que su mal gusto para encontrar pareja se debía a su educación, aunque saberlo no implicaba que pudiera cambiarlo.

Ahora ya era difícil distinguir si los hombres con los que salía no eran los adecuados o si, entre Amelia y su trabajo, no había sitio para ellos. Fuera como fuese, nada —nadie— había permanecido a su lado demasiado tiempo y la vida casi parecía más fácil así. Excepto que ahora, a los treinta y ocho años, «la hija accidental de Kate» —como la llamaba constantemente su madre, incluso cuando Amelia fue lo bastante mayor para entenderla— podría ser la única. El hecho de tener una sola hija no le resultaba extraño, pero tenía un punto *imprudentemente* económico.

Cuando el tren entró en Grand Army Plaza, iba con una hora y cuarto de retraso. Se levantó como un resorte cuando las puertas se abrieron con un silbido. Su corazón se aceleró al correr hacia las escaleras de la estación.

Ya en la acera, parpadeó de nuevo en la claridad. Se protegió los ojos con una mano y echó a andar con brío, torciendo hacia Prospect Park West. La calle, de una sola dirección y con dos carriles, estaba tranquila a aquella hora y sus zapatos de tacón alto, especiales para reuniones, repiqueteaban sonoramente en el hormigón. El parque, con sus arcos en tonos vivos de finales de octubre, quedaba a su izquierda, al otro lado de la calle. Las hojas habían comenzado a caer en una tupida hilera a lo largo del muro que cercaba el parque, al que no había entrado en años.

Tras quince años en Park Slope, Kate se sentía más cómoda en su oficina que en su barrio de Brooklyn. Había deseado un lugar acogedor, de vecindario amable y sin prejuicios, para criar a Amelia y, desde luego, Park Slope tenía todo eso. Pero los voluntarios que recolectaban comida para distribuir, las pilas de artículos reciclados dispuestos para que alguien los recogiera y los grupitos de familias con ropa elegantemente gastada que se apiñaban en los patios adyacentes a sus millonarias casas de piedra caliza aún se le antojaban detalles encantadores de una forma de vida que no era la suya.

Justo enfrente, distinguió a dos madres típicas del barrio, atractivas y urbanas, sin estar del todo a la última, charlando mientras salían del parque. Cada una empujaba un coqueto cochecito bamboleante con un niño aferrado a cada mano libre y una botella de agua ecológica sujeta en los cierres de la capota. Reían mientras caminaban, sin preocuparse de los pequeños que les tiraban de los brazos. Al observarlas, Kate tuvo la sensación de que jamás había tenido una hija propia.

Siempre había deseado una familia. Dos niños, por lo menos; incluso tal vez tres. En un principio, había querido evitar tener uno solo, dada su propia infancia solitaria y poco menos que infeliz. No obstante, había comprendido que tener «sólo uno» no implicaba que hubiera que tratarlo desde la cuna como a un adulto en miniatura. También había asumido que, independientemente de la cantidad de hijos que algún día tuviera..., sería más tarde. Pero mucho más tarde. Primero se centraría en su carrera y algunos progresos, como Gretchen, su madre —profesora emérita de Neurología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chicago—, le había inculcado. La carrera profesional, primero; los niños, si había tiempo.

Pero su vida había dado un giro inesperado. Y al final no había querido aprovecharse de ninguna de las «opciones» con las que Gretchen le había presionado para «gestionar» su «desafortunada situación». Porque quizá Kate admirara el éxito profesional de su madre, pero no deseaba imitarla en ningún otro aspecto. Al contrario, se tomó su embarazo como una señal que se disponía a ignorar por su cuenta y riesgo. Y también como una oportunidad para algo más.

La maternidad había sido dura, desde luego; en especial por tratarse de una madre soltera de veinticuatro años que estudiaba en la Facultad de Derecho. Pero ella..., ellas habían sobrevivido. Leelah, la niñera que había cuidado a Amelia durante quince años, fue la salvación de madre e hija. Habían sido su calidez, compasión y excelente manera de cocinar lo que les había permitido mantenerse a flote. Kate había reducido, lamentándolo mucho, la jornada de Leelah hasta limitarla a cocina y limpieza mientras la niña estaba en el colegio. Amelia llevaba insistiendo desde el pasado otoño en que era demasiado mayor para seguir teniendo niñera y a Kate le habían faltado las fuerzas para continuar peleándose con ella. Sin embargo, ambas la echaban de menos: Amelia, más de lo que quería admitir; Kate, más de lo que a veces podía aguantar.

Se detuvo mientras las dos mujeres de los cochecitos cruzaban la calle frente a ella; luego las siguió por Garfield Street. Observó sus estrechas caderas, sus pantalones de yoga y sus coletas altas a juego, balanceándose a derecha e izquierda.

—Mira todos esos camiones de bomberos —dijo una ahogando un grito. Y se detuvo tan de golpe en la esquina opuesta que Kate estuvo a punto de estamparse contra su trasero perfectamente esculpido—. ¿Están en el colegio?

—Dios, espero que no —replicó la otra, poniéndose de puntillas para ver mejor—. Bueno, no van demasiado rápido. Será una falsa alarma.

Kate miró hacia los camiones de bomberos que bloqueaban la mitad de Garfield Street. Se hallaban aparcados frente a una entrada lateral de la Escuela Secundaria de Grace Hall, una mansión antigua y ornamentada que parecía una biblioteca pública. Varios coches de policía se encontraban delante de la Escuela Primaria de Grace Hall, dos edificios adyacentes en piedra caliza, adquiridos hacía tiempo y reformados con un estilo similar. Los bomberos merodeaban por la acera, conversando en grupo o apoyándose en sus vehículos.

También había una ambulancia con las luces apagadas y las puertas cerradas. Si se había producido un fuego o algún otro tipo de emergencia, ya había terminado. O tal vez había sido una falsa alarma.

Amelia no podía haber activado la alarma de incendios, ¿verdad? No, sólo los delincuentes juveniles hacían cosas así. Fuera cual fuese el estado de ánimo actual de su hija, tratara de lo que tratase esa estupidez de pasar el tercer año en el extranjero, o por muy profundas que hubieran sido sus repentinas crisis existenciales por no tener padre, no era y nunca sería una delincuente juvenil.

Inspiró profundamente y espiró con fuerza, lo que provocó que la madre más alta de las que estaban delante pegara un respingo y se girase con brusquedad. Acercó de un tirón a su niñita con cara de querubín y chaleco rosa acolchado. Kate sonrió incómoda mientras se adelantaba entre ellas. Intentó ver más allá de la ambulancia. Allí, en un lateral, había un oficial uniformado hablando con una mujer mayor de pelo gris y jersey largo marrón. Estaba paseando a un diminuto y tembloroso perrito y se abrazaba con fuerza a sí misma.

Jamás se interrogaba a la gente sobre alarmas de incendios. Alzó la vista hacia las ventanas de las clases. ¿Y dónde estaban los alumnos? ¿Acaso sus caras no deberían verse pegadas al cristal, husmeando en aquel alboroto? Se acercó más casi de manera inconsciente.

—¿Así que usted oyó primero el grito? —preguntó el policía a la señora del pelo gris—. ¿O el ruido?

Grito. Ruido. Kate observó a dos oficiales de policía salir por la puerta frontal, bajar los escalones y torcer luego hacia el patio lateral del colegio. Cuando aguzó la vista más allá, pudo al fin percibir que era allí donde la acción real tenía lugar: había, al menos, una docena de oficiales reunidos en un gran pelotón. Y, aun así, no se movían con prisa, cosa que no parecía buena señal. De hecho, estaba empezando a parecer una señal horrible.

—Señora —una voz fuerte se instaló justo en el oído de Kate—, tiene usted que volver al otro lado de la calle. Necesitamos mantener el área despejada. —Colocó una mano poco amistosa en su hombro y la asió con fuerza. Ella se giró y se topó con un corpulento oficial de policía, que se erigía como una torre ante ella. Tenía un rostro pálido y aniñado—. Lo siento, señora —añadió un poco menos enérgico—, pero este lado de la calle está cerrado a los peatones.

—Pero mi hija está dentro. —Le dio la espalda para mirar el edificio. Una amenaza de bomba o de ántrax, un tiroteo en el colegio... ¿Dónde estaban los alumnos? Su corazón se aceleraba—. Vengo a buscar a mi hija. Me han llamado para eso. Ya llego tarde.

El policía la escrutó un buen rato entrecerrando los ojos para aguzar la vista, como si quisiera hacerla desaparecer.

—Bueno, supongo que puedo ir a comprobarlo —aceptó finalmente con aire escéptico—. Pero usted tiene que esperar allí de todas



maneras. —Señaló al otro lado de Garfield Street—. ¿Cómo se llama su hija?

—Amelia. Amelia Baron. Me han llamado del despacho del director para decirme que la habían expulsado. Que tenía que venir a recogerla. —De inmediato, deseó haber omitido esa parte. Tal vez el oficial tuviera menos ganas de ayudar si se enteraba de que Amelia era conflictiva. Tal vez incluso podría haber causado este conflicto—. Espere, antes de que se vaya —lo llamó—, ¿puede decirme al menos qué ha pasado?

—Todavía estamos intentando averiguarlo. —Arrastró las palabras mientras se giraba para contemplar el edificio por un segundo. Luego le dio la espalda y señaló de nuevo—. Ahora diríjase allí. Regreso en un instante.

No fue adonde le había indicado. En cambio, se puso de puntillas para ver si podía vislumbrar qué ocurría en el patio trasero. Consiguió atisbar que más de una docena de oficiales —unos en uniforme, otros con traje oscuro— estaban agrupados, formando un círculo junto al lateral del edificio, como un parapeto de espaldas agachadas. Como si estuvieran escondiendo algo. Algo espantoso.

Habían herido a alguien o algo peor. Ahora estaba segura de ello. ¿Se habría producido una pelea? ¿Una bala perdida? Estaban en el Brooklyn de las casitas calizas, pero era Brooklyn al fin y al cabo. Esas cosas pasaban.

Tan pronto como el policía que la había detenido cruzó la puerta principal del colegio, salió disparada hacia la verja del patio lateral. Los oficiales se protegían los ojos mientras alzaban la barbilla hacia el tejado. La mirada de Kate se detuvo en el mismo punto. Lo único que vio fue la fachada escrupulosamente cuidada del viejo edificio de piedra.

Cuando bajó la cabeza, los oficiales habían cambiado de posición. Y allí, en el centro de su círculo protector, había una bota. Negra, de tacón plano, tosca, tirada sobre un costado como un animal abatido. Pero también había algo más, algo mucho más grande. Algo cubierto con una sábana.

Su corazón latía con fuerza mientras sus dedos rodeaban los barrotes de la verja de hierro forjado y los apretaban. Miró de nuevo la bota. Era del estilo que muchas chicas llevan con vaqueros ceñidos o leotardos. Pero las de Amelia eran marrones, ¿no? Debería saberlo. Debería saber el color de las botas de su hija.

—¿Señora Baron? —Una voz masculina le llegó entonces. Se giró como un resorte, lista para escuchar de labios del mismo policía con facciones infantiles que no estaba donde le había ordenado. Pero ante ella había un hombre atractivo, aunque de aspecto rudo, con vaqueros y sudadera con capucha. Tenía la edad de Kate, más o menos, una mandíbula fuerte y cuadrada, la cabeza minuciosamente afeitada y la hirsuta energía de un boxeador... o de un criminal a punto de cargarse a alguien. Llevaba una chapa colgando de un cordel alrededor del cuello—. ¿Es usted Kate Baron? —preguntó, acercándose un paso más.

Su acento de Brooklyn era fuerte y rasgado, muy acorde con el resto, aunque intentaba parecer dulce. No le gustó que tratase de ser delicado con ella. La ponía nerviosa. Tras él vio al policía uniformado con el que había hablado antes; aguardaba de pie sobre los peldaños, junto a una mujer de pelo gris y gafas rojas de lectura. La estaban mirando fijamente.

—¿Dónde está Amelia? —se oyó gritar a sí misma. ¿O había sido otra persona? Había sonado como su voz, pero no había percibido que las palabras salieran de su boca—. ¿Qué ha pasado?

—Soy el detective Molina. —Alargó una mano para tocarle un brazo, pero se detuvo en seco. Por una manga de la sudadera le asomaba un tatuaje en el antebrazo: una cruz—. Por favor, ¿puede acompañarme, señora?

No era justo, no quería ir a ningún sitio con ese detective. Quería que la enviaran fuera de allí, adonde mandaban al resto del público irrelevante.

—No. —Kate se quitó de en medio abruptamente. Su corazón se aceleró—. ¿Por qué?

—No pasa nada, señora. —Le aferró con fuerza el codo y la arrastró hacia sí. Ahora su voz era más baja, más cautelosa, como si distinguiera en su cabeza una terrible herida de la que ella no fuera consciente—. ¿Por qué no viene aquí conmigo y se sienta?

Kate cerró los ojos y trató de recordar los pies de Amelia cuando salió alegremente por la puerta esa misma mañana. Se suponía que las madres saben qué tipo de zapatos llevan sus hijas. Se suponía que lo comprobaban. Se sentía aturdida.

—No quiero sentarme —respondió, presa de un pánico creciente—. Dígame qué ocurre. ¡Dígamelo ahora!

—Está bien, señora Baron, está bien. —El detective Molina bajó la voz—: Ha habido un accidente.

—Pero Amelia está bien, ¿no? —preguntó, apoyándose contra la verja. ¿Por qué no tenían prisa? ¿Por qué estaba allí la ambulancia aparcada sin más? ¿Dónde estaban las luces de sirena?—. Tiene que estar bien. Quiero verla. La necesito. ¿Dónde está?

Debería correr. Estaba segura. Necesitaba ir a algún sitio lejos de allí, donde nadie pudiera decirle nada. Por el contrario, se hundía, se resbalaba hacia abajo por la fría y dura acera. Permaneció sentada,

agarrándose las rodillas y con la boca apretada con fuerza contra ellas, como si se preparase para un aterrizaje forzoso.

«Corre —se dijo—, corre». Pero era demasiado tarde.

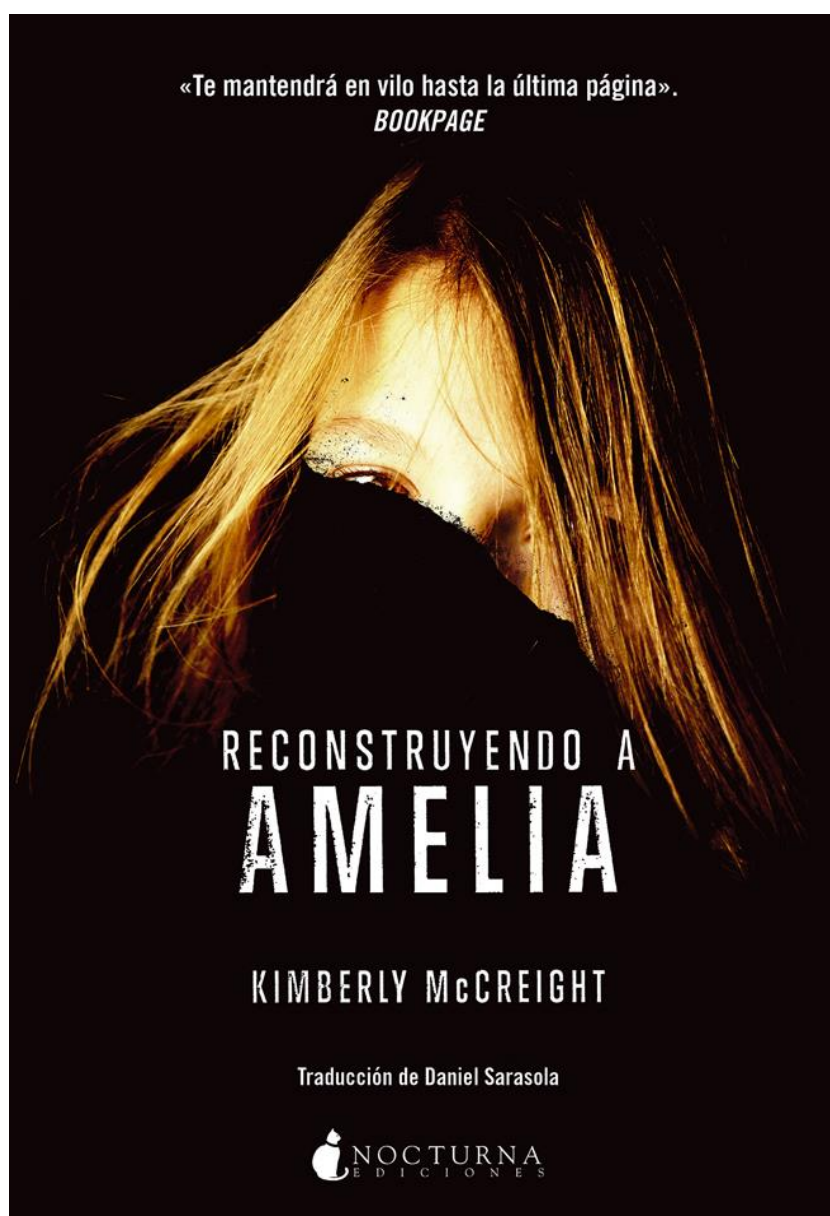
En un último y largo instante sólo percibió los latidos de su corazón. La presión del ceñido talle de sus pantalones.

—Su hija Amelia... —ahora el detective estaba en cuclillas cerca de ella— se ha caído desde el tejado, señora Baron. Está... Desgraciadamente, no ha sobrevivido a la caída. Lo siento, señora Baron. Su hija... Amelia ha muerto.

**SIGUE LEYENDO**

# **RECONSTRUYENDO A AMELIA**

Kimberly McCreight



ISBN: 978-84-16858-00-2 | PVP: 17,50 € | A la venta: 19-6-2017

 NOCTURNA  
EDICIONES

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)